

En Marcha, N° 922, Montevideo, 1° de agosto de 1958, pp. 22-23.

LETRAS NACIONALES

La Crónica de Bonavita o el colorcito del país

Escribe Carlos Real de Azúa

Deben ser muchos los uruguayos (tal vez unos buenos miles) que, ante el espectáculo del mundo que les rodea, sufran un enorme padecer. Están heridos en su sentido de la verdad por el curso triunfal de las mentiras y, lo que es peor, de las semiverdades que en todos los rincones proliferan. Están heridos en cierta orgánica e incoercible honradez por la avidez cachafaz, por el fraude generalizado que en su entorno contemplan. Se sienten lastimados en su exigencia de precisión y de eficacia por el chamboneo, la despilfarradora ineptitud, la ubicua, la universal contradicción de los medios y de los fines. De todos ellos bastantes (tal vez unas buenas docenas) sienten un bifurcable impulso. Proyectan algunos publicar un semanario; planean escribir un libro sobre el país. Como la primer empresa, crecientemente onerosa, resulta para todos inalcanzable, la otra, en el ámbito de lo eventual, es la preferida. Y aunque la opción, en la inmensa mayoría de los casos quede igualmente en la nada, su subterránea operancia no es difícil de rastrear. A veces, en un discurso necrológico; en un informe; en una nota sobre los hititas o sobre Esteban Echeverría subirá, desde esos entresijos, una críptica entrelínea que sólo es aplicable (o lo sería, en caso de ser entendida) a un candente “aquí y ahora” por todos sufrido.

De esa enfurruñada fauna, generalmente nonata, un libro ha sobrevivido. Porque el de Bonavita es ese tipo de libro “sobre el país”.

HISTORIA Y TESTIMONIO

Cuando Luis Pedro Bonavita declara, en el proemio de su **Crónica General de la Nación**, el carácter personal y hasta subjetivo de su plan, es probable que sólo el muy inocente se sorprenda o se escandalice. El énfasis en hasta qué punto la obra de ciencia histórica es una construcción del espíritu, una visión en perspectiva, consciente o inconsciente, un resultado – siempre rebatible pero, siempre válido – que signa una personalidad casi no tiene hoy otros contradictores que los partidarios de un cientificismo mandado recoger. Un historiador académico, Seignobos, con una “historia sincera” de su país, marcó, ya hace años, cómo esta presencia activa del espíritu creador sobre un material amorfo (tan coincidente con otras orientaciones contemporáneas del

arte y aún de la ciencia); cómo esta presencia activa, decimos, puede ser llevada al desgarramiento más combativo, a la franqueza menos protocolar.

Fíjese, pues, también aquí el exitoso libro de L. Bonavita, aunque quepa la observación que, salvo en sus páginas iniciales, la obra poco tenga de estrictamente histórica.

Si no lo es, la culpa (llamémosle así) la tiene el primer impulso que se intentaba imaginar, y como es aquel el que domina, se hace inevitable el recuerdo de ese sector de la ensayística americana que enfrenta, con variadas técnicas, el “tema nacional”, al modo de Martínez Estrada, Subercasseaux, Gilberto Freyre. El andar reiterativo y fundamentalmente errático que el libro uruguayo adopta lo acerca más que a nadie, no cabe duda, al contradictorio profeta argentino, si bien cabe destacar, desde ya, que Bonavita carece de esos frecuentes chispazos de profundidad genial que se encuentran en el autor de “Radiografía de la Pampa”. Pero tampoco su discurso, mucho más modesto, más prosaico, adolece de esos largos trechos arenosos de nebulosidad pretenciosa y de pedantería augural que tan trabajosos resultan en el enredador de José Hernández.

LOS INVARIANTES

La afirmación de unos “invariantes”, la creencia en algo que no cambia debajo de la superficie móvil de la historia es también una convicción que en común profesan los dos rioplatenses. Bonavita, por ejemplo, habla de una estructura interna, básica, tradicional, causa “mediata” del acontecer nacional y de una “inmediata” periferia, en constante transformación. También reconoce la existencia de una dinámica externa, de una operante “historia universal” (p. 23 y 55). La importancia de los tres ingredientes se ordena en esa forma y la consecuencia es que los que vienen en tercer término (esos factores exógenos, universales) aparezcan en el libro visiblemente desnutridos. Como, además, se recurre a ellos (caso del imperialismo, en los postreros capítulos) la operación se realiza, en una zona – si cabe la expresión – totalmente ajena al área nacional, el resultado es que el juego autónomo de las fuerzas internas está presentado con una libertad y holgura que una historiografía, realmente científica, no rubricaría.

No es embarcarse en el historicismo, que hace agua por tantos lados, sostener que la idea de “invariantes” (y no de factores más estables, más lentamente variables) es una convicción de tipo romántico - biológico y un comodín

nacionalista (en el sentido lato del término). El lector de Martínez Estrada, prócer en ellos, se desespera cuando descubre que sus “invariantes” son – simultáneamente – la barbarie indígena, la herencia española clerical, escolástica, inquisitorial y todos los etcéteras, la montonera gaucha y (como si fuera poco) las formas éticas y psicológicas de la irrupción capitalista.

Más sencillo, menos pesimista, más sano y casero, Bonavita maneja otra invariante. Es la de Artigas. Es la significación de su política esencialmente autóctona y popular, realista y americanista. En su tentativa de una patria **para los más infelices**, una patria concreta, carnal, que de acuerdo al famoso Reglamento de Campaña, radicara al hombre en el suelo con un auténtico sentido de democracia económica y cultural y algo que ya cree Bonavita pudiera llamarse **el sentido social de la propiedad**. Con una armónica noción de los factores políticos y sociales, Artigas representa así la participación activa de las multitudes (lo que el autor, con aguda imaginación de paralelos, califica de **revolución desde abajo**) y un concepto funcional y cualitativo de los bienes económicos, al servicio del hombre (que llama **riqueza**) contra otro, puramente cuantificador y deshumanizado (que denomina **opulencia**) según una dicotomía que en la obra se reitera mucho.

Toda la tentativa artiguista y su prolongada vivencia en las masas uruguayas tuvo (y tiene, pues se trata de “invariantes”) en Montevideo, el grande, el permanente, el insomne enemigo. Centro del latifundio ausentista, y del alto comercio, avasallante, parasitaria, absorbente, egoísta, heredera de los privilegios del Coloniaje, Montevideo representa la fuerza negativa, el obstáculo contra el que el país se hará. Único adversario real, no anecdótico (como Buenos Aires o Portugal), de Artigas, logrará su venganza al arrojarlo al exilio e inventar tras él **la leyenda negra**. Para imponerle, entonces, al país, libre de contrapesos, una planificación abstracta, un **pensamiento de visita, de turismo, de calcomanía**, al cual el ser nacional jamás se acomodará y contra el que caudillos, revoluciones, desorden endémico serán la protesta, nunca eficaz en definitiva pero tampoco nunca acallable, nunca vencida. El esquema falsificador de **civilización y barbarie**, al tipo sarmentino, marcará el divorcio del país real y el país convencional, aunque Bonavita remontando la rama de las etimologías (**barbaroi** - extranjero, extraño) subraye en una auténtica inversión que justamente lo bárbaro es (o era) lo clásicamente entendido por civilizado.

Preeminencia de Montevideo como centro del progreso europeizador y despojo de la tierra para los más (las guerras civiles son para Bonavita el

síntoma de esta condición aunque se recubran de justificaciones políticas p. 73-75) son los dos polos de tensión nacional durante el siglo y medio que corre desde Artigas hasta hoy. Sólo barruntos discontinuos de un arte nacional auténtico (el autor menciona a Zorrilla, Roxlo, Viana, Acevedo Díaz y sobre todo el “Martín Fierro”), sólo la nostalgia de un orden perdido que sobrevive en el rasgueo de los payadores, testimonian que aun existe un país real detrás de la nación oficial.

También hubo otro centro de la verdad nacional: la estancia. Pero esto exige consideración aparte.

EL REVISIONISMO HISTÓRICO

Aunque su trabajo no aspire, seguramente, a una ambiciosa validez historiográfica, es visible, desde aquí, que todo esto se inscribe en la línea revisionista de nuestro pasado. Una historia se hace en el Río de la Plata, desde hace treinta años, contra la visión liberal, europeísta, ciudadana, doctoral. Tiene en la Argentina las variantes nacionalista, rosista, federal, católica, marxista. Más tímida en nuestra país, sujeto a un proceso histórico más apacible, la inicia sólidamente la labor histórica de Herrera, tan cardinal y tan germinal al mismo tiempo, atando, por primera vez, los hilos de nuestro proceso internacional y diplomático con la vigencia universal del imperialismo y con el drama iberoamericano entero. Pivel la tecnifica y, sobre todo la sistematiza, prestando a su vez una gran atención al desarrollo político interno y, más recientemente, a las olvidadas realidades económicas.

Quemando etapas, conoce expresiones recientes, e importantes, como los estudios de historia económica de Vivian Trías o el sugestivo e innovador ensayo de Guillermo Stewart Vargas **Oribe y su significación frente a Rozas y Rivera**. Pero la historia oficial uruguaya, la de Bauzá y Eduardo Acevedo, por extraña paradoja, parte de una interpretación ya revisionista del autonomismo, los caudillos, la montonera y el federalismo. Sin ella Artigas seguiría siendo **el hombre malo** de nuestra independencia. Claro que, como si ello bastara, todo lo que venía después, se interpretó con opuesto criterio y, en esto, **la historia colorada** no tuvo poco que ver. Para todo ese “después”, reconozcamos que nunca, seguramente nunca, se ha rechazado tan en bloque como en el libro presente, la visión dorada del desarrollo cívico nacional, la pregonada eficacia de la labor de nuestras clases dirigentes o el positivo progreso que todo nuestro proceso institucional haya representado. Nadie ha desechado tan tajantemente como Bonavita la versión de nuestro pasado que compusieron clases y las ideologías que usufructuaron el Uruguay moderno y

el partido político, instalado casi un siglo en el poder, que las capitalizó y dirigió.

Nada más polemizable que los esquemas y, como lo reconocía Coteló hace pocos días, cada página del libro de Bonavita podría ser un pozo inagotable de discusiones. Todo manejo de “invariantes” plantea como problema irresoluble el de la inserción – en “cómo”, en “cuánto”, en “cuándo” – de los factores dinámicos. Estos factores dinámicos que, en el proceso del Uruguay posterior a 1815, pueden alinear (y la lista no es taxativa) la significación de los partidos y las tensiones partidarias, las ideologías de la época contemporánea, la aportación inmigratoria (en sus muchas olas), la formación de las clases medias de la ciudad y del campo, la penetración imperialista, la maduración y la ampliación del Estado, el proceso del capitalismo y la formación de su proletariado ciudadano y otros ítems, por fin, no menos significativos.

Habría que discutir en fin – y no hay aquí espacio para hacerlo – la naturaleza entitativa del artiguismo. La interrogación podría dirigirse no sólo a Bonavita sino a toda una literatura que se centra en torno el primer Centenario del Fundador. Cabría dilucidar si ese artiguismo constituye una “ideología” en el sentido actual y operante del término o si, simplemente (y también supremamente), las intuiciones nacionales y populares del Jefe de los Orientales significan, sobre todo, una inspiración que cada generación uruguaya tiene que concretar en forma variada porque variada es la circunstancia en que deben hacerlo. O, para usar la insustituible expresión de Ortega y Gasset, un **estrato de concordia** emocional en el que todos los uruguayos pueden encontrarse.

EL CAMPO Y LA CIUDAD

Este es, en su más sintética armadura, el fondo histórico del errabundo, y a veces difuso, discurso de Bonavita. Y que al replantearse hoy, como si en siglo y medio nada hubiera ocurrido, conviértese en un “invariante”. Porque Montevideo sigue dirigiendo al país que le produce y la sostiene, y sus ricos, y también sus pobres (es la única novedad), continúan disfrutando de las prebendas y beneficios que a todo el país niegan. Bonavita, entonces, se ha sentido convocado a hablar por el resto, **en una trémula vibración con la gran masa anónima del campo, la gran masa da todos los tiempos (...), la gran masa campera sobre cuyos hombres se alzó la nación y en cuyo sostén la nación confió, aunque tuviera la frente abatida y signada por la desdicha.**

Si cada libro tiene su hora y su hado, no puede negarse que la **Crónica** llega ejemplarmente a tiempo. Un tiempo en que la crisis de la superestructura económica y social montada desde Montevideo, en “armonioso consorcio” con las fuerzas usufructuadoras del Régimen, encuentra frente a sí, muy despiertos y muy conscientes, a los sectores tradicionalmente postergados del país. Todos esos sectores (y no estamos pensando sólo en las clases medias y débiles del interior) podrán encontrar definitorias de su situación las páginas, en verdad muy acertadas, del capítulo II en las que se recapitulan todos los privilegios de Montevideo, todos los beneficios que al país resta. El conflicto define una tensión “horizontal” que no creemos que ningún enfoque clasista y economista (aquí también sería importante la aportación de Trías) pueda insumir en una tensión vertical de clases. Ni la experiencia soviética dejaba de reconocerlo, por ejemplo, cuando sometía a la regulación político-económica del plan industrializador la relación entre precios agrícolas y precios fabriles. Tampoco, sin embargo, los choques que plantea una economía centralizada de desarrollo son similares a los que se dan en una anarquizada, sometida a las presiones más urgentes (y contundentes) de los grupos mejor organizados o, simplemente, más cercanos. Con lo que en definitiva, y sin reposarse en analogías, el enfoque realista del conflicto en el Uruguay es la única vía en que pueden aclararse las cosas.

Pero los aciertos de Bonavita no se inscriben solamente en este tipo de reivindicación económico-social agresiva, aunque justa. También constituyen a una dirección más desinteresada, menos inmediata, de renovada comprensión de nuestro pasado y de nuestras calidades uruguayas que define, a nuestro parecer, uno de los aspectos más promisorios de la cultura nacional. Para poner ejemplos que nos son bien conocidos, podríamos mencionar la monografía, todavía inédita, de Washington Lockart sobre Máximo Pérez, el caudillo de Soriano o el excelente ensayo sobre **La crisis actual de nuestro país** de Ricardo Martínez Ces (característicamente originado en la izquierda universitaria y ciudadana), aparecido en **Tribuna Universitaria** de F.E.U.U.

EL ARMA DE LA NOSTALGIA

Poco más que la estancia se salvó, decíase, en esta suma de artificios que es el proceso del Uruguay independiente. Bonavita sabe, sin duda, que su tesis es desafiante y conoce, sobre todo, que ningún tema como ese de la estancia y el latifundio es tan proclive a la extremosidad emocional y a esa cerrazón inteligente en que hasta los más inteligentes incurren.

Hay quienes encuentran perfecto que un empresario maniobre un año entre cuchipandas y antesalas, y lubrique sus peticiones con generosos donativos, para conseguir un decreto favorable a sus hipotéticos costos o a un tipo de cambio remunerador. Ganará millones, se acepta, pero “crea trabajo”. Y esos mismos “quienes” lo verán todo rojo ante la simple imagen de un hombre criando sus animales sobre un campo de su propiedad. Otra tipología nacional simétrica de la anterior, se indignará por el contrario de que un industrial logre sus materias primas a un tipo más bajo, pongamos por caso, que aquel fijado para comprar televisores. Pero considerará una justificada protesta contra el Estado que el estanciero deje pudrir su lana en los galpones de las barracas o exporte clandestinamente sus tropas a donde Dios sabe.

Como todo lo anterior se refiere a esos temperamentos sociales que son naturalmente maniqueos no faltará quien encuentre lógicos estos contrastes. Pero hay también entre nosotros una sociología embanderada que no evita esos contraluces. Y para poner un ejemplo marginal, el de la crítica literaria: ¿cuánto no ha sufrido o se ha beneficiado, alternativamente, el latifundista Carlos Reyles de tales polémicas? (Esto, sin poner el caso, más notorio aun, de Ricardo Güiraldes en la Argentina).

Entre estos extremos debe reconocerse al libro de Bonavita la casi deportiva alegría con que emprende la demolición de los lugares comunes, el realismo y la agudeza mental con que analiza, por caso, el latiguillo del **latifundio feudal** (págs. 64-70), o encuentra los justos acentos para ensalzar la comunidad primitiva que la estancia fue. Mientras el terrateniente colonial era para el autor sórdido, cruel y, por montevideano, sistemáticamente ausentista, el de la época independiente resultó el centro de una sociedad armónica e igualitaria que no refleja la mecánica despersonalizadora del capitalismo ni abusa, como el Estado militar y policial de nuestro siglo XIX, de reiteradas levas y variados atropellos. Enfrentando un reiterado error que la improvisación de Ingenieros implantó en una “sociología” vacua de conocimiento histórico, destaca como el caudillo de nuestras revoluciones no era casi nunca ni el más rico, ni el más fuerte, ni el “latifundista feudal” que se ha creído, subrayando cómo “los hijos del patrón” y hasta el patrón mismo, solían ponerse a las órdenes, incondicionales, de quienes eran sus inferiores en poder económico y hasta en jerarquía social.

No es sorprendente, empero, que más allá de estas verdades, comience algo que cabe llamar “la conciencia ambigua”, mitad segura, mitad insegura, con que el autor actúa.

Pues aunque la sociedad de la estancia, se reconozca, alguna vez envejezca, es éste el lugar para señalar que, en todo lo que sigue, el libro recurre, por medio de un ingenioso y reiterado juego de desmarcación, a todas, absolutamente todas las explicaciones laterales que permitan eludir un juicio frontal de las responsabilidades de la estancia (o su superlativo, el latifundio, tan mal distinguido de aquella). Sus responsabilidades en el despojo de **los más infelices**, que Artigas decía. Sus responsabilidades en la descocada distribución de la población nacional. Sus variadas responsabilidades, en fin, sociales, económicas y culturales.

En cierto pasaje en que se discurre sobre los pueblos de ratas (p. 71) se completa: **Por supuesto, que nada de esto va a título de relevar de culpas al latifundio** y el mismo descarte concesor se ejerce otras varias veces en el capítulo II. Sin embargo, como si estas culpas fueran muy sabidas (y en esto tal vez no esté equivocado Bonavita) las que se explicitan minuciosamente son todas las demás, desde el efecto despoblador de Montevideo y su complicidad con el estanciero ausentista y antisocial hasta los males del alambramiento, curiosamente mencionado como factor social autónomo en cuya iniciativa, y en cuyos resultados, la estancia nada tuviera que ver (pág. 71).

La parte fuerte del razonamiento de la **Crónica** se centra, empero, y más que nada, en los males de ese latifundio agrícola, un neo-latifundio, por así decirlo, que nuestro oficialismo ha acunado amorosamente y cuyos efectos tremendos en el orden de la oligarquización económica, la técnica, la tierra y la población, el libro explicita con furia justiciera.

Más allá de esto que, con todo, es puramente negativo, el Sr. Bonavita no presenta salida alguna para esta polémica entre los males de la industrialización y los males del agrarismo entre los cuales el país, como el asno de Buridan, enflaquece hasta morir. Su alegato nostálgico de una sólida estructura nacional prescinde del hecho elemental de que esa estructura, en su literalidad, ya no es viable y el mismo libro ni intenta ocultárselo a un lector medianamente avisado.

Por esa parte negativa, la mayoría de los lectores, sin embargo, no le retaceará su adhesión. Sus páginas no tienen virulencia (y muchas veces, para nuestro gusto, son excesivamente medidas). Pero es imposible no ver que apuntan con constancia a esa técnica de la ineptitud y de la corrupción, de la desigualdad y el privilegio, de la tilinguería y el escamoteo que, bajo el rótulo de “industrialización”, el bando dirigente protagoniza en el país. Un espectador selenítico reflexionará que en ninguna nación marginal la industrialización se ha cumplido sin tremendos desarraigos y corrupciones y allí están los Estados Unidos del siglo pasado, y la Argentina y el Brasil actuales, para probarlo. Otro que lo sea menos, otro más comprometido, distinguirá que entre los tres ejemplos anteriores y nosotros la nada pequeña diferencia es que aquellos tenían, o tienen, cuerpo para aguantar esos males. Y nosotros, no.

INDUSTRIA Y NACIÓN

Hace más de setenta años, en sus ejemplares páginas de prosa, José Hernández planteó la posibilidad de que nuestros países ascendieran al nivel económico moderno desde las etapas pecuaria y agrícola mismas, salteando el tramo industrial mediante una intensificación y tecnificación creciente de nuestra producción tradicional. No creemos que en su tiempo esta sugestión haya sido atendida, como no parece serlo tampoco por los que en el nuestro, caso de Jorge Abelardo Ramos, ponen bajo la hermosa estatura prócer del “Senador Martín Fierro”, la labor nacional y popular de las nuevas generaciones. La historia, sin embargo, enhebra bien las cosas, y así como hace cuarenta años, cuando el colegiado era una chambonada joven, operaba un **ideal - político - suizo** entre nosotros, hoy, un **ideal - económico - neozelandés** tiene por estas latitudes creciente atractivo y prestigio. A él podría haber recurrido la **Crónica** hacia una postura activa que contemplara la diversificación modernizadora de una economía carente de metales, carbón e hidrocarburos, sin quedarse, en cambio, en alegato nostálgico de un pasado y en diatriba de los aspectos laterales de la modernización. Un defensor integral del libro (nosotros no estamos, por cierto, entre sus atacantes) podría contestar que su propósito no es el de ser un estudio orgánico de soluciones nacionales, y esto es también cierto, pero no es reclamarle “moraleja” a la **Crónica** marcar la insuficiencia final de sus intenciones.

La sugestión, más que el reclamo anterior, no quiere decir, ni mucho menos, que al comentarista este **ideal neozelandés** le bastara. Y como no cultivarnos el impresionismo ni a nadie, probablemente, le importan nuestras opiniones

personales, la observación viene a cuento, y aun a cuenta, de que enormes cuestiones ha dejado Bonavita, sin mayor reflexión, por dilucidadas.

¿Cabe hoy, apodóticamente, plenitud, existencia nacional, sin industria cabal, pesada, liviana? ¿Los males espirituales y sociales de “lo moderno”, que la destrucción de las estructuras tradicionales y la industrialización acarrearán, pueden ser vencidos cerrándose, a lo Lanza del Vasto, a la aventura y la tentación y el arrollador reclamo humano de la máquina y del bienestar? ¿O exigen, por el contrario, ser vencidos en un “allende”, y no en un “aquende”, a la modernización y la industrialización misma? ¿Cuál es la situación por fin, aparentemente insoluble, de naciones que, debiendo industrializarse, no tienen posibilidades prácticas de una industria armónica y completa? (Aunque sea tan falible la tan sonada distinción entre industrias “naturales”, y “artificiales”. No hay nación y bienestar sin industria, dice “Acción”, y tiene razón. No hay industria cabal sin industria pesada, podemos contestar nosotros y también tendremos razón. La otra, la simple industria “liviana”, sólo aumenta el desarraigo y la corrupción y ahonda la dependencia a los centros financieros internacionales. Nuestra inserción, entonces, en una zona de América sujeta a los mismos meteoros históricos que nosotros y en los que una Argentina y un Brasil tienen esas posibilidades industriales de las que el Uruguay carece salta, entonces, desde la fútil verborrea de los diplomáticos, a inscribirse en el núcleo fundamental de nuestro mismo destino, de nuestra misma existencia de comunidad.

En dos ocasiones afirma Bonavita que **nos salvó ser una Nación**. Si hubiera tomado más en cuenta la influencia balcanizadora de la diplomacia inglesa, si aceptara menos pasivamente el telescopamiento de toda voluntad autonómica (tan real aquí en 1815 como en 1825) dentro de una “nación”, tal vez su libro fuera más conflictual, pero menos desesperante. Menos subterráneamente negativo, pese a su aparente optimismo.

Si algo de esto hubiera sido planteado muchas de las innegables insuficiencias nacionales serían aliviadas a la pesada responsabilidad de Montevideo, tan víctima, tan pasiva como la campaña ante las pesadas fatalidades que acechan nuestra historia. Pero, sobre todo, en el presente y hacia el futuro, sobre el fondo del común destino iberoamericano y de su circuito económico, ese dilema, tan repetido, del agrarismo y la industrialización tendría alguna salida, y una gran empresa histórica, un gran **destino en lo universal**, tremendamente difícil pero tremendamente incitante la respaldaría, integrándola, vertiéndola en un cauce infinitamente mayor que el limitado, local, problema mismo.

MUY PERSONAL

Cuando Bonavita se mueve por los ámbitos marginales de su tesis es casi siempre indiscutible. Lo es, por ejemplo, cuando analiza, no sin ironía, la repartida confusión uruguaya entre cultura y profesionalismo. O cuando desarma las piezas de nuestra deteriorada democracia política (donde llama “**apoliticismo**” a esa generalizada táctica de “los grupos de presión” de servirse de los partidos sin creer en ellos). O cuando analiza los tópicos tradicionales de la haraganería y la brutalidad del paisano. O cuando se burla de “las misiones de asistencia técnica” y de los afanes de toda esa burocracia internacional que corre de un país a otro con sus pulcros portafolios. O cuando exalta **el colorcito del país**, las calidades de una tierra a la medida del hombre (p. 171-175) en páginas muy superiores a las que Zorrilla de San Martín, nuestro mejor apologista nacional, le dedicara al tema (en “Resonancias del Camino”).

Sus mismas fórmulas verbales pueden ser tan agudas como aquella (realmente ejemplar) en que se explica la poesía gauchesca como el lenguaje que Montevideo encuentra para hablar con el país. No debe olvidarse.

PERO NO DEMASIADO

Cuando el Uruguay concurría con el dieciocho por ciento a integrar el volumen mundial de exportaciones de carnes, cierto que en el país apenas había un centenar de tractores. Pero es cierto también que la carne, base de la alimentación popular, no faltaba en ningún hogar, que nuestro peso valía más que el dólar y que disponíamos de las divisas necesarias para comprar en el exterior todo aquello de lo que el país carece.

Hasta aquí se ha señalado en la **Crónica** la operación de un pensamiento intensamente personalizado, en el que una abarcadora disconformidad (sin uniforme endosable) aúna en sus negaciones o en sus defensas el revisionismo histórico, la nostalgia de una economía patriarcal, la disculpa del latifundio, el tercerismo internacional y una enérgica posición antinorteamericana.

Pero “la personalidad” (aun entendida como un posible plano de imputación de incoherencias) no es nunca esa suerte de cometa angélica que pueda cortar todos sus hilos con el firme y deslindado suelo que se reparten fidelidades de clase, de posición, de ideología.

El texto recién citado mostraría, por ejemplo, que ese idealizado pretérito, que es también “un invariante”, y la nostalgia inocultable con que a él se mira, filia la definición de Bonavita entre las postulaciones políticas que en el Río de la Plata (y entre nosotros una coalición partidaria de sigla reciente) enfrentan la fórmula de industrialización de masas y concentración urbana. En aquellas postulaciones adversas (que no son, naturalmente, las únicas antítesis que la última posición puede suscitar) combínanse el ingrediente latifundista y doctoral (las frentes más altas y los campos más grandes) en una defensa del agrarismo tradicional armonizada con los intereses del alto comercio, también “tradicional”, a su modo. Una nostalgia, nada pasiva y que se ha mostrado en ocasiones intensamente operante, busca simultáneamente el desmantelamiento industrial de estas regiones y la reinserción de nuestras áreas económicas en aquel organismo ecuménico, tan bien lubricado aunque hoy descalabrado, que a Londres tenía por centro. Un organismo que no era tan egoísta como para no proporcionar sustanciales beneficios a los contramaestres (gobernantes, estancieros, abogados) que en las zonas marginales cuidaban de sus intereses.

El suspicaz que anudara las conclusiones de este libro con los supuestos de esa empresa encontraría, por caso, que el contrabando de ganado se afirma en la obra como una de esas “invariantes” (p. 15) y hasta se engrandece, aureolada románticamente sobre un fondo de trabajos y peligros, hasta una protesta de “lo real” contra la absorción montevideana y el teoricismo constitucional. Con lo que, involuntariamente, sin duda, el modesto contrabandista de nuestro pasado, de yerba, tabaco y guayaba, queda sobrepuesto con el estanciero de hoy que pasa sus tropas (las tropas que el país necesita) desde sus campos uruguayos a sus campos brasileños. (Sin que la vista y los poderes de sus sedicentes enemigos de la Capital sean capaces de evitarlo).

El mismo suspicaz podría observar también que el antimperialismo que se expide en los capítulos finales de la **Crónica** se centra en los Estados Unidos, sin dedicar una sola línea al impacto clásico del Imperialismo inglés en el Río de la Plata, tan decisivo en nuestra historia y tan bien servido, desde Lord Ponsomby hasta Isaac Rojas. No es sólo desde hoy, pongamos por caso desde la Conferencia Económica de Buenos Aires, sino desde siempre, y lo prueba el ejemplo de Rodó y de Irureta Goyena, que nuestras clases dirigentes, doctorales y agrarias, nativamente adversas a lo popular y a lo nacional, han sido proclives a un sonoro antiyankismo. Un antiyankismo que dejaba intactas (porque el imperialismo estadounidense en esta latitudes era sobre todo político y estratégico) las bases semicolonias de nuestra economía.

Es claro que el Sr. Bonavita nunca deja de ser personal s sus justas palabras contra el rastacuerismo turístico y multiplayense (una de las más nocivas taras nacionales) cultivado con fruición por autoridades, especuladores y hasta diarios y senadores de la oposición, o sus críticas, tan agudas, del comodín **democracia y totalitarismo** – cap. VIII y IX – (cubriendo cualquier mercancía, falsificando cualquier perspectiva, cohonestando cualquier desafuero) poco se compaginan con la posición de los órganos a los que, por años, el autor aportó su esfuerzo y su innegable talento.